

## Desde La Habana, ordenando mis ideas

LLILIAN LLANES

Indudablemente, los problemas que afronta el mundo del arte en la actualidad son complejos y de muy diversa naturaleza; quizás en correspondencia con los que tiene ante sí el Planeta en su conjunto. Una aproximación a ellos obligaría a detenerse en análisis particulares de las múltiples relaciones que entre el artista, su obra y la recepción de la misma tienen lugar a escala local, regional y mundial. Pero esta es una tarea difícil, dado el limitado o fragmentado nivel de información del que se puede disponer hoy día, aunque podría avanzarse en esa dirección, de existir una voluntad real de conocimiento de lo que ocurre en el arte a nivel internacional.

Resulta relativamente fácil estar al corriente de la obra o de los artistas que circulan por las principales capitales de los países ricos. Además de centros estratégicos de poder económico, esas ciudades son el asiento privilegiado de los grandes museos de arte moderno y contemporáneo, cuyo prestigio, alcanzado a través de muchos años de trabajo y grandes recursos a su disposición, le otorgan la credibilidad necesaria ante la opinión pública. En ellas se han desarrollado también los fundamentales medios de circulación del arte, vale decir, las Casas de subasta, las Ferias de Arte y las principales galerías comerciales, así como las revistas de arte de mayor circulación internacional; y, los no menos importantes eventos «internacionales» de artes plásticas, cuyas sucesivas ediciones pretenden y logran llamar la atención de la opinión pública, han encontrado en sus instituciones, espacios de excepcional valor para bendecir determinadas corrientes o artistas individuales.

Dentro de este sistema, es muy poco lo que queda al azar, o a la buena voluntad. Críticos, curadores, directores de museos, galeristas, editores, con mirada independiente o seguidores de corrientes, todos tenemos nuestra cuota de responsabilidad en la manera en que se proyecta el arte de hoy.

De hecho, hasta hace muy poco tiempo, el arte contemporáneo de América Latina, salvo contadas excepciones, no era conocido más allá de sus fronteras loca-



*Lillian Llanes en el Centro Wifredo Lam.*

les. Lo mismo ocurría con los países asiáticos o africanos, objeto fundamentalmente de exposiciones antropológicas. Sin embargo, paulatinamente, los artistas actuales de dichas regiones han comenzado a ser incorporados al mundo del comercio y, aunque con mayor cautela, al de los museos más prestigiosos de algunos países europeos y de Norteamérica. Y, por razones que no viene al caso analizar, esta aceptación ha sido más fácil para los latinoamericanos, no así para los creadores de otras regiones. Pero no nos debemos engañar. Aún esta disposición no refleja una auténtica voluntad de asumir como parte de la contemporaneidad universal lo que tiene lugar fuera de los circuitos tradicionalmente aceptados.

A pesar de las inesperadas muestras de interés hacia el arte latinoamericano, africano o asiático actual, todavía es insuficiente a los efectos de alcanzar una visión global del arte contemporáneo. Se asume como contemporáneo y universal, sin mayores conflictos, lo que se ve, produce o circula en aquellos países cuyo nivel de desarrollo en otras ramas les permite proyectar su imagen como el paradigma de la civilización, como resultado, entre otros factores, del poder de divulgación de sus imágenes que, sin duda, se universalizan con la rapidez que lo pueden hacer los medios de comunicación que poseen.

En términos generales se acepta que una de las principales funciones de los museos es organizar una colección y crear una afición en el público sobre las obras que deben ser consideradas parte del patrimonio artístico de una nación y del mundo en general. Pero su responsabilidad no queda sólo ahí. También entre sus tareas básicas está la de programar exposiciones que permitan mantener bien informado al público, no sólo después de que el tiempo decantó la calidad, sino en el momento en que se está produciendo. Un museo de arte contemporáneo, en mi opinión, debe darse a la tarea de informar cómo se siente y cómo se piensa en su tiempo. Y para lograrlo, no puede tener más compromisos que con el arte, los artistas y el público, de manera que éste se encuentre en posibilidades de diferenciar lo trascendente de lo intrascendente, lo significativo, de lo no significativo. De ahí que el universo de su interés no pueda estar reducido simplemente a lo que le rodea. Es cierto que un curador no tiene que conocer todo lo que ocurre en el mundo. Pero el equipo de un museo de nivel internacional debe estar apto para asumir que existen valores más allá de su territorio conocido y si desconoce otras realidades, al menos no debiera subestimarlas, dado que las ignora.

Causa verdadero pesar escuchar a un crítico o a un curador, a quien se le reconoce un alto nivel profesional, referirse al arte contemporáneo de cualquier país del Tercer Mundo con desprecio y afirmar incluso que no le interesa lo que en esas regiones sucede; y cuando se le pregunta que artistas conoce, no poder mencionar, en el mejor de los casos ni a media docena de nombres.

A pesar de lo extendido de estas posiciones es cierto, como ya hemos afirmado, que en los últimos años se ha venido produciendo un interés marcado en los medios europeos y norteamericanos por el arte contemporáneo de América Latina, de África, de Asia. Sin embargo, hay que precisar que la mayoría de las grandes exposiciones, sobre todo las latinoamericanas, hacen énfasis en las obras de los artistas de las primeras vanguardias. A mi modo de ver por un necesario proceso de conocimiento de una realidad histórica desconocida. Pero ¿podría esto explicar la mínima presencia de exposiciones de los artistas más jóvenes? ¿O la repetición de algunos nombres, «descubiertos» por un curador de un museo europeo que los otros repiten, por comodidad o por no «errar»?

No es mi intención enjuiciar directamente ninguna institución, pero lo que hizo el Centro George Pompidou el año pasado con la exposición de Artistas Latinoamericanos del Siglo XX pone de relieve algunos de estos fenómenos. ¿Qué razones justifican que los jóvenes participantes de la misma no tuvieran cabida en sus salas y fueran enviados a otros espacios? En fin, esto merecería un capítulo aparte.

De todas formas, aún con las crecientes muestras de interés hacia los artistas latinoamericanos, africanos o asiáticos y en menor medida los árabes, lo cierto es que

todavía su presencia, en los museos de mayor credibilidad mundial, creadores de estados de opinión sobre lo relevante en el arte contemporáneo, es insignificante. Y hay que decir, que quienes no logran penetrar en esos circuitos, tienen muchas dificultades para abrirse paso.

Una situación no muy diferente a la de los museos se produce en el mundo del mercado. Aún cuando las galerías atraviesan en la actualidad tiempos difíciles, es indiscutible que han tenido en los últimos años un papel protagónico, frente al retraimiento de las instituciones públicas y al calor del desarrollo del mercado.

El arte, no obstante las condiciones presentes, todavía mueve suficiente dinero como para poder obviar el protagonismo de las galerías y las ferias que se continúan realizando, a pesar de la disminución de las ventas. Indiscutiblemente, es este medio uno de los más significativos para hacer carrera en el mundo del arte hoy día y su influencia en la creación de protagonismos artísticos es innegable.

De una manera creciente los artistas latinoamericanos (y en menor medida los africanos) van siendo incluidos en las nóminas de muchos galeristas de larga ejecutoria, aunque lo frecuente es ver la aparición de galerías de reciente instalación, especializadas en artistas de estas regiones. Por otra parte, es indudable que cada vez más los latinoamericanos son exhibidos en los stands de las ferias y aparecen anunciados por sus galeristas en las páginas de promoción de revistas de circulación internacional. Pero en mi modesta opinión, el tratamiento que reciben todavía está en sentido general más cerca del batustán que de una mirada amplia y desprejuiciada de su arte.

Desarrollado en estrecha relación con el mercado, el sector del coleccionismo, de considerable influencia dentro del mundo del arte, tampoco ha participado fundamentalmente en un cambio de mentalidad frente al arte latinoamericano. Son escasos los artistas de estas regiones presentes en las colecciones privadas o públicas más conocidas. Y los compradores de obras de artistas de estas regiones son coleccionistas especializados en arte latinoamericano, casi siempre del propio patio.

Llegados a este punto vale señalar que, no obstante esta situación, las interrogantes sobre los problemas de lo universal en el arte y sobre el concepto mismo de arte universal, son cada vez más frecuentes, al tiempo que los inconformes con la aplicación eurocéntrica de estas categorías, son también más numerosos.

No es mi intención en esta oportunidad incursionar en los problemas teóricos que se derivan de estos cuestionamientos. Lo cierto es que la creciente complejidad de los problemas que enfrenta el Planeta en la actualidad, en términos económicos, políticos y sociales, ha contribuido extraordinariamente a que en esferas como la del arte, se pongan de relieve determinados temas que hasta hace poco tiempo eran sólo del interés de escasas minorías. O quizás sería mejor decir, de mayo-

rías con poca audiencia. Sin embargo, a pesar del interés que estos problemas suscitan, no se vislumbra la articulación de un pensamiento que los analice desde puntos de vista en que la Humanidad constituya el centro de las preocupaciones. La extensión de zonas de conflicto militar, las guerras irracionales, el desamparo de los «sin recursos», ya sean países o individuos, hace creer que la Humanidad está a expensas de lo que creen un conjunto de personas que por diversas razones asumen su verdad como absoluta y que por el solo hecho de detentar el poder, creen tener la razón. Vivimos bajo el Imperio de la fuerza y cada quien trata de acercarse a su sardina. No hay diálogo posible en estas circunstancias puesto que no hay un clima de respeto en el mundo. No existe consecuencia en los principios y eso posibilita que una misma acción, hecha por unos es válida y hecha por otros es condenable.

En el ámbito que nos ocupa, temas como la identidad, lo universal, el mercado, entre otros, están siendo objeto de debate en muchos medios y empiezan a adquirir dimensiones universales, no obstante la diversidad de puntos de vista existentes, como resultado de las diferencias de contexto en que se producen. Por ejemplo, hasta hace muy poco tiempo, la necesidad de definir su identidad era un problema exclusivo del Tercer Mundo. Los latinoamericanos sabemos la energía que muchos de sus intelectuales y artistas han empleado para precisar sus raíces, sus particularidades, para saber de dónde vienen, qué son y hacia donde van. Y justo en el momento, casi de regreso, de tantas reflexiones sobre el particular, aparece el conflicto de la identidad para los europeos. Sin duda, debe ser una preocupación legítima por reconocerse a sí mismos y debe haber causas muy profundas que motiven ese conflicto entre pueblos tan seguros de sí mismos históricamente.

Pero, resulta curioso que en el momento en que Europa se está planteando como una necesidad la integración de los países que la conforman, surjan estos conflictos de identidad. Este fenómeno debería conducir a profundas reflexiones sobre el origen de estas inquietudes o al menos una precisión más clara de las causas que las motivan.

¿Podría tener alguna relación con estas inquietudes, el creciente aumento de las migraciones, el peligro de contaminación, las mezclas, la creciente xenofobia, los nacionalismos exacerbados?

Sean cuales fueren las razones, lo cierto es que este conflicto, que parecía más bien exclusivo del Sur del Planeta, ha ido extendiéndose con visos de universalizarse. ¿Llegará a reflejarse en su arte? ¿Bajo qué forma? De pronto, este problema plantea una incertidumbre, porque hasta ahora, muchos de los elementos que se asumían como universales procedían de este mundo europeo que se empieza a buscar a sí mismo.

Paulatinamente, por las razones que fueren, la afirmación de la identidad cultural se va convirtiendo en

una reivindicación permanente, tanto a nivel del individuo, como de los grupos y de las naciones de todo el mundo.

En gran medida, frente al proceso de homogeneización cultural que amenaza al mundo en su conjunto, y no ya exclusivamente a los latinoamericanos u otras regiones del Tercer Mundo, es lógico que esté pasando a un primer plano, la lucha por reivindicar el derecho a la identidad cultural. Es lógico también que esa lucha se de en el plano regional y subregional en razón de la comunidad histórica, de los problemas comunes y de la búsqueda en conjunto de soluciones. Ahora bien, dentro de ese marco, buscar la identidad cultural debiera significar, entre otras cosas, defender las tradiciones, la historia y los valores morales, espirituales y éticos legados por generaciones pasadas pero, en ningún caso puede representar tradicionalismo ni inmovilismo. La búsqueda de la herencia legada por los antepasados constituye un principio cultural, pero ese postulado implica también la asunción del presente, en razón de la dinámica de toda la vida cultural y social, de la creatividad contemporánea y de los valores que inspiran hacia el futuro. La reivindicación legítima de la identidad no puede significar un repliegue sobre sí misma, sino sitúa las relaciones sobre una base de enriquecimiento mutuo, mediante el diálogo de las culturas, en el contexto de una cooperación entre interlocutores libres e iguales.

En medio de la complejidad de los fenómenos que caracterizan esta época en que peligrosamente comienzan a aparecer manifestaciones de nacionalismos extremos, los hombres están obligados a pensar, hoy más que nunca, en términos regionales y universales, si se desea dar realmente una respuesta efectiva a los problemas que afrontan. Dadas las posibilidades de comunicación existentes hoy día, una orientación de esta naturaleza podría conducir a una integración profunda de los respectivos pueblos en términos hasta ahora no alcanzados.

Sin embargo, en muchas ocasiones, se percibe en la búsqueda de la identidad una voluntad de enfatizar las diferencias y de mantener un mundo compartimentado y fragmentado. La diversidad de las múltiples expresiones existentes en el Planeta, lejos de ser un factor de división, podría ser un elemento de enriquecimiento y equilibrio. Pero depende de la visión que se tenga, ya que el establecimiento de un diálogo fecundo entre las diversas culturas, podría propiciar una verdadera integración entre los respectivos pueblos, pero para ello habría que dejar de lado cualquier criterio de jerarquización de una cultura sobre otra.

En la actualidad, se extiende el reconocimiento de que la cultura es universal pero no única y ello conlleva el establecimiento de la igualdad y dignidad de toda cultura, defendiendo el criterio de que no hay cultura superior ni inferior respecto a otra. Estos son principios fun-

damentales y estratégicos para contribuir a la transformación de la mentalidad que hoy impera en el mundo. En las actuales circunstancias no basta con subrayar la importancia de la cultura en la preservación del Hombre, resulta imprescindible comprender la necesidad de desarrollar los principios que permitan sobrevivir y transitar hacia un futuro más digno para todos, lo que constituye el desafío más grande de nuestros tiempos.

Llegados a este punto habría que preguntarse qué es lo universal y qué parámetros existen para identificarlo. ¿Es que lo universal es lo europeo, lo occidental? ¿Son antagónicos los valores universales y los locales? Dadas las circunstancias actuales, ¿desempeñaría algún papel, la comprensión de los factores culturales del Tercer Mundo en una redefinición de lo universal?

¿Quién duda que hoy día el mundo afronta problemas universales cuya expresión adquiere manifestaciones especiales, pero que son comunes? Digamos los problemas de la marginación. En todas partes se habla de la discriminación como consecuencia de las diferencias raciales o por la condición de la mujer, entre otras. ¿Puede decirse que una mujer en los EEUU es menos marginada que en el mundo árabe? No. Simplemente es diferentemente marginada. Si entre las mil empresas norteamericanas de mayores ingresos no hay una mujer ejecutiva en los más altos niveles de dirección, en ese medio es tan discriminada, de acuerdo con sus circunstancias, como lo es una mujer sudanesa a la que castigan al nacer. Porque lo que estos hechos expresan es la existencia de una ética que permite la discriminación.

En fin, hay todavía mucho camino por recorrer para una verdadera comprensión de lo universal, que requiere de visiones no simplemente más flexibles o más amplias, sino más profundas de lo que podría constituir una fuente de enriquecimiento espiritual del Hombre contemporáneo.

Dada la situación del mundo actual, la contradicción entre el mundo altamente industrializado y el subdesarrollado Tercer Mundo adquiere una dimensión especial, como resultado de los abismos tecnológicos que separan los respectivos países, entre otras cosas.

¿Qué sucede en el mundo del arte? Por una parte, los medios de conocimiento fundamentales de lo que ocurre en el arte contemporáneo de los respectivos países actúan bajo principios de jerarquización cultural que no se avienen a una profunda comprensión de sus particularidades. Y, o bien no se comprenden los valores propios de otras culturas, bajo el argumento de que son expresiones antropológicas, que no son «arte», o se desestiman olímpicamente, por ignorancia.

Resulta difícil que en una Olimpiada, no asista un corredor de Etiopía, un futbolista de Argentina, un boxeador de Cuba y que incluso ganen medallas de oro. Es irrefutable una medalla cuando se deja en el

piso al contrincante. Pero en el arte, cómo se mide la calidad. ¿Qué parámetros demuestran que la obra de Borofski podría ser mejor que la de Tunga, o viceversa?

De manera que en el medio que nos ocupa, esa disyuntiva plantea una serie de problemas cuyo nivel de complejidad obliga a la reflexión y no permite desestimarlos, bajo la justificación de una supuesta «calidad», categoría que como muchas otras resulta tan peligrosamente relativa. Sobre todo, cuando al referirnos a una obra se aplican categorías pretendidamente universales, que parten de asumir como universal lo propio de una parte del planeta, considerando que en ella se han alcanzado los parámetros más altos de «desarrollo».

Cabría preguntarse en este sentido qué circunstancias favorecen o impiden a unos artistas sobresalir más que a otros. ¿Qué papel desempeñan entonces las exposiciones internacionales, las revistas, las casas de subasta, el coleccionismo privado y público, el mercado en el protagonismo artístico actualmente?

Si se quiere realmente comprender el mundo de hoy, hay que echar al agua algunos prejuicios.

Lamentablemente, estamos tan acostumbrados a ver exposiciones donde lo importante es la «calidad» que nos olvidamos de los problemas que preocupan a los artistas como resultado de sus preocupaciones no sólo estéticas.

Por ejemplo, muchas de las obras expuestas en la última Dokumenta de Kassel, me hicieron reflexionar sobre la ausencia de algunos artistas que hubieran podido contribuir a ofrecer una visión más universal del arte contemporáneo. ¿Qué pudo impedir que una artista como la palestina Mona Hatoum, no estuviera presente en esta exposición? O ¿que la obra del filipino Junjee no enriqueciera la experiencia visual de los espectadores? Estoy convencida de que a muchos visitantes les habría interesado, en el contexto de la exposición, la obra de la sudafricana Sue Williamson o del argentino Victor Grippo.

Sin embargo artistas como estos o muchos otros entre los cuales seleccionar, no fueron considerados. A pesar de que en esta Dokumenta, vale reconocer, se produjo por vez primera una presencia mayor de artistas de los países del Sur del Planeta que en otras.

Afortunadamente, no obstante los problemas aquí expresados, tengo la absoluta convicción de que estamos caminando hacia zonas de mutua comprensión. Cada vez son más numerosos los críticos y directores de museos de Europa abiertos al diálogo, lo que nos obliga a los que procedemos del Tercer Mundo a despojarnos también de nuestros prejuicios.

La Habana, Diciembre de 1993.

